

Estaba escrito

La tradición del futuro: una articulación imposible

Charles Ricciardi

Charles Ricciardi

Es profesor de Literatura egresado del I.P.A. y ha ejercido la docencia en Educación Secundaria ininterrumpidamente desde 1980 a la fecha. Dirige grupos de teatro estudiantiles desde 1985. Ha publicado artículos de reflexión cultural en publicaciones periódicas y trabajos de índole más académica en *Anales del IPA* (2010) y en *Synapsis* (revista originada también en IPA). Entre 2008 y 2016 ha dictado cursos de Literatura Uruguaya I (asignatura que dicta también en 2017) y II en el instituto de Profesores Artigas, así como de Corrientes Literarias. Ha intervenido además en los cursos de verano del IPA como ponente desde 2009 con trabajos orientados fundamentalmente a estudiar obras y autores poco frecuentados de la Literatura Uruguaya. Con el mismo perfil participó como ponente en los Congresos de APLU de 2012 y 2014. En 2014 la editorial Rebeca Linke publica un volumen de ensayos sobre la obra de Mario Levrero (“Caza de Levrero”) que contiene un artículo suyo. Artículos sobre Cortázar, Salvador Puig y sobre la vigencia de las humanidades de su autoría fueron publicados en números anteriores de [sic]

Resumen:

El trabajo se propone señalar, en primer lugar, cómo la obra de García Márquez articula las visiones del tiempo de las tradiciones bíblica y griega, en una síntesis en apariencia imposible, ya que encastra lo cíclico propio del mito y el tiempo lineal que supone un fin de los tiempos, convirtiendo a *Cien años...* en una original “summa” de Occidente. En segundo lugar, se detiene en la relación entre el final de la novela y el discurso de recepción del Premio Nobel, en el que la relación planteada parece tener una –otra- vuelta de tuerca.

Palabras clave: tiempo lineal -tiempo circular – tradición bíblica – tradición griega – destino – discurso Nobel

**It was written. The tradition of the future:
An impossible articulation**

Abstract:

The present work attempts to explore how García Marquez’s works articulate Greek and biblical views of time, a synthesis that may seem impossible at first glance since they bring together the mythical view of time as cyclic and the supposedly linear time that announces an end of all times. It is this that makes *Cien Años de Soledad* an original synthesis of the Western world. Also, this work focuses on the relationship between the ending of the novel and the Nobel Prize award speech, which seems to hint at one - another - turn of the screw.

Key Words: linear time – cyclic time – biblical tradition – Greek tradition – fate – Nobel Prize award speech

Se diría que los universos mitológicos están destinados a ser desmantelados apenas formados, para que nuevos universos nazcan de sus fragmentos.

Claude Lèvi- Strauss (1964),
p. 41-(citando a F. Boas).

...y entonces el puñal en la mano, la luz de los venetales, el alto sillón de terciopelo verde, la cabeza del hombre en el sillón leyendo una novela.

Julio Cortázar (1964)
Continuidad de los parques

Todavía no sabíamos nada de Gerard Genette ni de las relaciones intertextuales cuando, hace ya muchos años, la profesora Lisa Block de Behar nos hablaba, en sus clases de *Teoría literaria*, del artista como “bricoleur”, a partir de *El pensamiento salvaje*, de Claude Levi Strauss (Levi Strauss: 1964). Hoy disponemos de un concepto más preciso y dúctil: el de palimpsesto (Genette: 1989). En rigor, la enorme mayoría de las creaciones artísticas son palimpsestos que, utilizando elementos de obras anteriores, los transforman: la versatilidad del palimpsesto es en realidad la medida de la vitalidad de cualquier literatura.

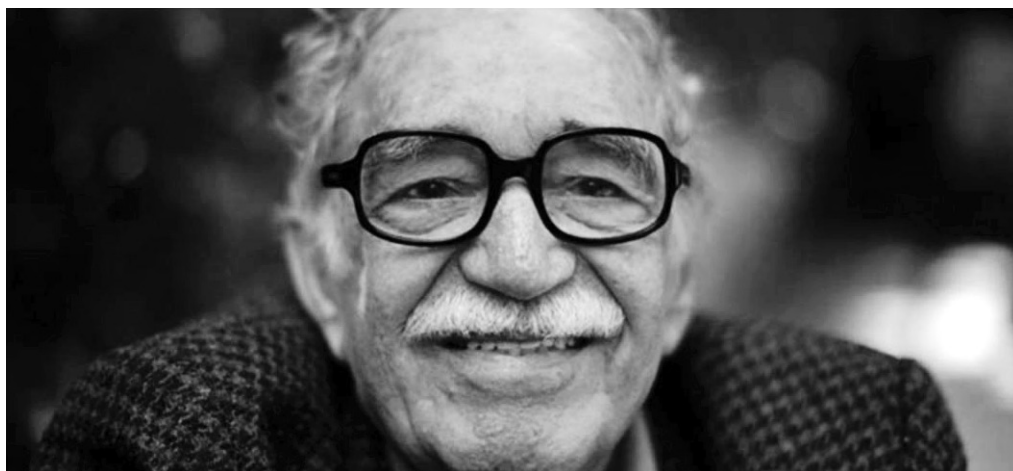
Cien años de soledad, ciertamente, no escapa ni aspira a escapar a esta caracterización. Pero se me ocurre que es uno de los palimpsestos más ambiciosos que un autor occidental haya intentado jamás, pues, en la lectura que voy a hacer, García Márquez ajusta cuentas en su novela con las dos fuentes principales de nuestra tradición cultural: las fuentes bíblicas y las fuentes griegas.

Las relaciones con la Biblia son seguramente las más evidentes y subrayadas¹ y han sido puestas de relieve por críticos mejores que yo: Ricardo Gullón fue, creo, el primero en plantearlo (Gullón: 1970, p 47-62), aunque yo lo presento aquí con algunos matices. Hay entonces un paraíso original en el que se levanta también una prohibición sagrada (la del incesto) del que un pecado que podría pensarse como original (el crimen de Prudencio Aguilar) lleva al primer José Arcadio Buendía devenido en patriarca a un éxodo en busca de una tierra de redención que culmina en la fundación de Macondo, una suerte de tierra prometida. Aunque el texto elimina expresamente esta connotación -“la tierra que nadie les había prometido”-(García Márquez: 1976, p. 27), la alusión al texto bíblico es tan clara que corresponde consignarla aquí. Hay una especie de raza maldita que lleva la marca de la cruz de ceniza (y que debe asimilarse a la raza de Caín) en los diecisiete hijos del coronel que mueren en el curso de una misma noche. Hay referencias a un mundo recién creado: “El mundo era tan reciente, que muchas cosas carecían de nombre, y para men-

cionarlas había que señalarlas con el dedo” (García Márquez: 1976, p. 9), y en el mismo sentido creo que debe leerse la enfermedad del insomnio que obliga a volver a nombrar el mundo, como hizo Adán. Aunque el asunto de los carteles colgados en las cosas lo vuelva nimio hasta lo humorístico, no puede negarse que en ese propósito ordenador que supone cualquier lenguaje, hay una reminiscencia del capítulo segundo del *Génesis*, en el que el primer hombre designa con una disciplina sin alicientes, todos los animales de la creación sin encontrar la deseada compañía prometida por YHVH. Hay, desde luego, un diluvio mucho más desmesurado que el del *Génesis* bíblico (“cuatro años, once meses y dos días”, García Márquez, *ibidem*, p.267) y hay, ciertamente, un apocalipsis en el que Macondo es borrado de la faz de la tierra por un huracán que el narrador llama “bíblico”.² También hay, desde luego, una vocación por la reincidencia- y por tanto, de la culpa- en aquel “fruto prohibido” del incesto, que tiene ejemplos en cada generación que abarca la novela, aunque solo llegue a concretarse efectivamente en la última. La guerra inacabable, la futilidad última de toda la experiencia humana, los excesos del poder y de la vanidad resuenan en la novela también con un ímpetu bíblico, o al menos con los acentos propios del “tanaj” hebreo, que parece correr por nuestras venas latinoamericanas con una fuerza aún incontenible de la que la obra de GGM nos vuelve conscientes. En un nivel de interés menor, en mi opinión, deberían señalarse también algunas referencias explícitas, como la que aparece cuando Fernanda se dispone a ocultar al hijo bastardo de Meme: “diremos que lo encontramos [a Aureliano Babilonia] flotando en la canastilla. –No se lo creerá nadie– dijo la monja - Si se lo creyeron a las Sagradas Escrituras no sé por qué no han de creérmelo a mí” (García Márquez :1976, p .254). En ese terreno también parece obligado pensar que el apellido que debería llevar el penúltimo Buendía – el de su padre, Mauricio Babilonia- obliga a buscar relaciones con ese lugar emblemático del pecado dentro de la literatura del Antiguo testamento³

En un libro de reciente publicación (Blatt: 2016) sobre las relaciones entre las tres religiones monoteístas más célebres, el crítico uruguayo hace desde el comienzo algunas puntualizaciones muy interesantes acerca de las especificidades de la literatura bíblica y sus alcances. Primero porque, tomando toda la trayectoria de las religiones bíblicas iniciadas en la peregrinación de Abraham, le da un sentido que trasciende lo meramente religioso:

Esa trayectoria que acabó atravesando el mundo entero representa un largo periplo iniciático, centrado esencialmente en la recuperación del paraíso per-



dido(...) en el Renacimiento fue un mapa geográfico(...) y con la modernidad ha inspirado para muchos un viaje temporal `progresista` e incluso revolucionario hacia una utopía que culmina la historia. (Blatt: 2016, p.11. Subrayado mío)

Este último aspecto será considerado más adelante. Segundo, por la claridad con que el autor plantea que “la tradición hebrea fue la primera en fundarse en torno a los motivos del exilio”. Y tercero por la contundencia con la que Blatt separa la experiencia religiosa nacida entre los hebreos de la de los demás pueblos paganos: “

A diferencia del tiempo cíclico de las culturas paganas arcaicas, la nueva orientación mesiánica, teológica, de las circunstancias del mundo, da lugar a la historia propiamente dicha, una ordenación lineal del tiempo.

Y solo unas líneas más abajo:

Mientras que para la triple tradición monoteísta el hombre ocupa un lugar central en el mundo, tanto por su responsabilidad en la caída como por su potencial de redención, para los paganos desde Sumer, pasando por Grecia y Roma, hasta los modernos héroes seculares encomendados a la diosa Razón, la participación de los seres humanos en los inciertos designios del cosmos tiene un peso infinitesimal. (Blatt: *ibídem*, p.12)

Algunas de estas consideraciones, que sin exageración puedo tildar de inspiradoras para este trabajo, permiten articular la influencia bíblica en *Cien años de soledad* con la presencia – igualmente importante para mí– de la tradición griega. Es casi un lugar común vincular a *Edipo* y *Antígona* con la narrativa de GGM, en parte porque en *Vivir para contarla* recuerda, evocando a Gustavo Ibarra que le habría dicho al prestarle las obras de Sófocles:

Podrás llegar a ser un buen escritor –me dijo, pero nunca serás muy bueno si no conoces bien a los clásicos griegos. El libro eran las obras completas de Sófocles. Gustavo fue desde ese instante uno de los seres decisivos en mi vida, porque *Edipo rey* se me reveló en la primera lectura como la obra perfecta (García Márquez: 2003, p. 360).

Y en otra ocasión:

así que esa misma noche lo acompañé a su casa y me puso en las manos un tomo de tragedias griegas. Me fui a mi cuarto, me acosté, empecé a leer el libro por la primera página –era *Edipo rey* precisamente–y no lo podía creer. Leía, y leía, y leía –empecé como a las dos de la madrugada y ya estaba amaneciendo–, y cuanto más leía, más quería leer. Yo creo que desde entonces no he dejado de leer esa bendita obra. Me la sé de memoria. (Gabriel García Márquez, 2003, p.106)⁴

En efecto, no es necesario ser extraordinariamente sagaz para ver una influencia de *Edipo rey* tanto en el asunto del incesto como en la importancia del tema del destino en *Cien años...*, pero yo voy a arriesgarme a afirmar que también debe verse en la obra maestra del colombiano una presencia fuerte de lo que conocemos como la “leyenda de los Atridas”. Porque esa leyenda pone el tema del destino en una perspectiva diacrónica. No es Edipo cumpliendo su destino e indagando cómo llegó a cumplirlo: es la recurrencia del destino a través de las sucesivas generaciones. Y es ese asunto de la extensión en el tiempo y de la encarnación del Destino en diferentes individuos (cuyo peso es “infinitesimal”, al decir de Blatt) de una misma familia el que yo creo que GGM toma de ese otro gran ramal de la mitología griega. El texto de Blatt citado más arriba observa la importancia de las recurrencias cíclicas, propias además de todo relato mítico (cf: García Márquez : 1976, p.284 y 285: “el tiempo no pasaba, daba vueltas en redondo” y Mircea Eliade: 1981: “el tiempo circular del Eterno retorno”) Esas recurrencias son estructurales en

Cien años de soledad: empezando por la continua amenaza del incesto, que como se ha dicho sobrevuela al menos en una pareja de cada generación. En segundo lugar, creo que así deben entenderse los regresos de los nombres, la cíclica repetición de Arcadios, Aurelianos, Amarantas, Remedios y Úrsulas. En tercer lugar, por la existencia en cada generación de al menos un integrante de la familia que intenta infructuosamente (precisamente porque el destino de esos pergaminos era ser descifrado por el penúltimo integrante de la estirpe) desentrañar el sentido de los pergaminos de Melquíades. En cuarto lugar, por las frecuentes visitas de Melquíades después de muerto. Y finalmente, last but not least, por la existencia misma de esos pergaminos que no son otra cosa que el Destino (así, con mayúsculas) de la familia Buendía y de ese mundo creado y destruido porque “las estirpes condenadas a cien años de soledad no tienen una segunda oportunidad sobre la tierra” (GGM: 1976, p.350). El Destino - vamos a decirlo de este modo -, escrito LITERALMENTE, aunque, por cierto, arcano e inaccesible, como casi cualquier profecía que se precie. No deja de ser sugestivo que los pergaminos solo sean legibles simultáneamente a su cumplimiento (“el primero de la estirpe está atado a un árbol y al último **se lo están** comiendo las hormigas”: [negritas mías]), condición sine qua non para que un destino se cumpla: cualquier desfasaje permitiría al hombre modificar o intentar modificar ese destino y por lo mismo cualquier desfasaje desrealiza el concepto de destino, naturalmente.⁵ Con mucha agudeza observa Gullón (1970, p. 21 y ss):



La narración de los hechos se escribió dos veces: en lenguaje ininteligible para los habitantes de Macondo (en sánscrito) por Melquíades, antes de que sucedieran; (...) en castellano por el narrador, después de la ocurrencia (...). En cualquier caso sabemos que entre su crónica y la del anciano inmortal no hay discrepancia; la una es reproducción literal de la otra.

Por su parte, el relato tiene momentos que se formulan en clave de prospección de acontecimientos, como ocurre con el célebre comienzo de la novela: “Muchos años después...el coronel Aureliano Buendía había de recordar la tarde en que su padre lo llevó a conocer el hielo” que contiene un anuncio del futuro -aunque cree una expectativa falsa⁶ -, o la síntesis de la peripecia vital y militar del coronel. “El coronel Aureliano Buendía promovió treinta y dos levantamientos armados y los perdió todos”.

También es necesario recordar aquí que el cumplimiento del destino anunciado por la prohibición original, el incesto y su horrible correlato físico, la temida cola de cerdo que clausura la estirpe simbólica y literalmente condena a ese niño a la esterilidad (aunque es cierto que estaba ya condenado a ni siquiera enterarse de ella), ocurre en el único integrante de la familia que, en cien años, es fruto del amor. Más allá de toda ironía, parece que debe leerse que el pecado, la transgresión y el amor son una sola cosa; que es el amor el que ha actualizado lo prohibido y que es el amor lo que Dios o el Destino castigan. E, incluso, que esa es esencialmente la condición humana: es el amor el que nos enfrenta a todos los poderes del más allá; es el amor el que nos salva y nos condena.

Se verifica entonces en la historia narrada una articulación de las dos tradiciones fundacionales de Occidente: por un lado la repetición cíclica propia del mito y por otro la ineluctable marcha de una historia lineal hacia la destrucción apocalíptica, tal como lo plantea Blatt en el texto citado más arriba. Me resisto a seguir aquí el planteo en tantos sentidos esclarecedor – como ya se ha expresado- de Ricardo Gullón:

La circularidad estructural nos conduce del caos y la nada en que la creación se ordena al caos y la nada en que todo acaba y resuelve (...). Y la circularidad es compatible con una fábula de desarrollo lineal que marcha hacia delante, sin retrocesos, y a la vez en busca de sus orígenes. (Gullón: 1970, p. 27-28).

Según yo lo veo, el autor naturaliza demasiado un planteo en el que late la dialéctica y la tensión, entre, como ya se dijo, nuestras dos tradiciones más prestigiosas acerca del futuro, que en mi opinión no son compatibles. Esa articulación es, pues, a priori, imposible, pues lo que es circular no puede ser a la vez lineal: no

es posible que se concluya una historia circular. Eso resuena en uno de los muchos milagros que la novela de García Márquez consigue.

Pero ocurre que el propio García Márquez parece enmendar la plana de lo planteado en la novela al retomar el enunciado final de la misma para rematar otro enunciado final- el discurso con el que recibió en Estocolmo el Premio Nobel en 1982, que es por otra parte una pieza oratoria y teórica ejemplar en muchos sentidos (que no corresponde desarrollar aquí). En ese discurso (*La soledad de América Latina*, en García Márquez: 2015, pag. 21), que da fundamento teórico a lo que llamamos “realismo mágico”⁷, GGM habla sobre la realidad desmesurada de América Latina y aventura – quizás con falsa modestia- que es esa realidad, más que su obra puntual, lo que ha pretendido homenajear la Academia Sueca al concederle el premio. Y con eso pone sobre el tapete el otro aspecto clave de la importancia de *Cien años de soledad*: la novela, con todas esas raíces intertextuales occidentales, es también una cifra de América Latina y de su destino – con minúscula esta vez, pues no se trata aquí de un poder metafísico; no hay Hado ni Moira, sino un lugar que los poderosos del mundo han dispuesto para nuestro castigado continente- de explotación y pobreza. Es en ese contexto que la última frase de la novela se vuelve sobre sí misma para alcanzar un significado completamente diferente:

todavía no es demasiado tarde para emprender la creación de la utopía contraria. Una nueva y arrasadora utopía de la vida, donde nadie pueda decidir por otros hasta la forma de morir, donde de veras sea cierto el amor y sea posible la felicidad, y donde las estirpes condenadas a cien años de soledad tengan por fin y para siempre una segunda oportunidad sobre la tierra. (García Márquez: 2015, p.29)

Me parece que de la presunta linealidad de una historia clausurada, de aquel horizonte solo aparentemente cerrado emerge de nuevo un inesperado retorno en el que se abren nuevas oportunidades. El discurso de 1982 abre lo que la novela de 1967 se había empeñado en cerrar. Porque existe –o porque tenemos la obligación de trabajar para que exista: el discurso es también una agenda- la esperanza o el deber de una utopía contraria, de una verdadera Arcadia para todos los Arcadios de nuestra América, es que la historia lineal no está de veras cerrada y el final no es el apocalipsis sino una nueva y definitiva utopía en el que “las estirpes condenadas a cien años de soledad tendrán por fin y para siempre una segunda oportunidad sobre la tierra.” Para siempre. Es, finalmente, la única oclusión de los tiempos verdaderamente aceptable porque abre la puerta a la esperanza, como todo verdadero apocalipsis. Y porque, para volver a lo dicho hace un momento, solo podrá fundarse en el amor.



Bibliografía

- Blatt, Roberto. (2016) *Biblia, Tanaj, Corán. Tres lecturas de un mismo dios*. Madrid: Turner
- Cortázar, Julio. (1964) *Final del juego*. Buenos Aires: Sudamericana
- Eliade, Mircea. (1981) *Mito y realidad*. Barcelona: Guadarrama
- García Márquez, Gabriel. (1976) *Cien años de soledad*. Buenos Aires: Sudamericana [1967]
- _____ (2003) *La bendita manía de contar*. Madrid: Debolsillo
- _____ (2005) *Vivir para contarla*. Barcelona. Random House Mondadori
- _____ (2015) *Yo no vengo a dar un discurso*. Montevideo Sudamericana
- Genette, Gerard. (1989) *Palimpsestos: la literatura en segundo grado*. Madrid Taurus
- Gullón, Ricardo. (1970) *García Márquez o el arte de contar* Madrid: Taurus
- Levi Strauss, Claude (1964) *El pensamiento salvaje* México: F.C.E
- Ludmer; Josefina (1972) *Cien años de soledad: una interpretación*. Buenos Aires: Tiempo Contemporáneo
- Maturo Graciela (1977) *Claves simbólicas de García Márquez*. Buenos Aires: Fernando García Cambeiro [1972]

Notas

1. Una búsqueda en Google de “influencias bíblicas en *Cien años de soledad*” arrojó ¡¡¡194.000 resultados!!! Entre ellos, el trabajo más valioso y documentado es el de Guevara Llaguno, M: *La Biblia en Cien años de soledad*, consultado en https://www.academia.edu/26607756/La_Biblia_en_Cien_años_de_soledad.
2. Para un desarrollo más profundo y documentado de las relaciones entre *Cien años ...* y la tradición judeocristiana véase el imprescindible *Claves simbólicas de García Márquez* (Maturo: 1977 pág: 149 y ss)
3. Algunos de los textos hallados en Internet insisten en otras relaciones que me parecen descabelladas, y que ya el propio Gullón ha sido el primero en señalar, como forzar un paralelismo entre las plagas de Egipto y las guerras civiles de Macondo (¿??)
4. Con toda seguridad esta es también la razón de que en un comienzo haya abundado una crítica de sesgo psicoanalítico de la obra (véase por ejemplo: Martínez Moreno, Carlos: *Cien años de soledad: psicoanálisis y literatura* (F.C.U) y Ludmer, Josefina: *Cien años de soledad: una interpretación*)
5. No quiero dejar pasar la oportunidad de señalar aquí algo que no parece haber sido notado y que muestra al parecer que hay lazos sutiles que ligan la obra de escritores diferentes que escriben en un tiempo común. Apenas tres años antes de la publicación de *Cien años de soledad*, en 1964, Julio Cortázar, en tantos sentidos lejano a la sensibilidad de GGM, había publicado una segunda edición de su segundo volumen de cuentos *Final del juego*, que incluyó por primera vez, abriendo la colección un primer relato, ampliamente conocido (*Continuidad de los parques*) que viene a coincidir en lo sustancial con esta perturbadora idea de Destino: allí también lo que se narra en el final del cuento estaba LITERALMENTE escrito y también era leído simultáneamente a su cumplimiento. Por esa razón el final del cuento es usado como epígrafe.
6. Josefina Ludmer (Ludmer : 1972 p. 34) plantea también una duplicidad en este tipo de comienzo en el capítulo primero y en el décimo, que supone la mitad exacta de la novela. Ambos comienzos tienen en el centro al primer Aureliano y a Aureliano Segundo, respectivamente. Por cierto esto también abona la tesis de la circularidad y las recurrencias míticas.
7. El nombre, ya impuesto, parece subrayar una especie de naturalización de la fantasía o de la desmesura, que se incorpora silenciosa en una suerte de novedosa mimesis: en esa realidad mágica, el acento suele quedar puesto en los elementos más radicalmente “fantásticos”: la levitación hacia el cielo de Remedios, la bella, o el anuncio del niño que será el coronel de que una olla puesta en el centro de una mesa se va a caer, segundos antes de que efectivamente se caiga; las mariposas amarillas que rodean a Mauricio Babilonia o el inusitado trayecto de la sangre proveniente del disparo que pone fin a la vida de José Arcadio. Casi nunca se repara lo suficiente en el movimiento contrario, igualmente importante: cómo en ocasiones la realidad más banal es presentada con acentos alucinados, como ocurre con la descripción del hielo, al finalizar el primer capítulo o la masacre de los obreros de la compañía bananera, que solamente José Arcadio Segundo parece haber visto. En ese sentido el discurso es muy iluminador, pues hace referencia, por ejemplo, a los miles de desaparecidos en Argentina o de exiliados del Uruguay en la última dictadura militar.